



Las consecuencias negativas están a la vista en la vida de muchas personas, en las tensas y conflictivas relaciones humanas, en las injusticias sociales, en la falta de solidaridad, en la falta de fidelidad a los compromisos matrimoniales, etc.

Una de las cualidades humanas que más estimamos es ser realistas: tener una visión objetiva, certera, correcta de la realidad, tanto de las personas (de sí mismos y de otros) como de los acontecimientos humanos. No ser realistas sería una deficiencia humana importante, e incluso peligrosa -y más para los que tienen puestos de responsabilidad en la vida pública-, porque nos llevaría a tomar decisiones equivocadas que pueden perjudicar a otras personas y a nosotros mismos.

Tener una idea correcta de la realidad -es decir, conocer la naturaleza propia de cada cosa, y especialmente del ser humano- exige una serie de requisitos, tales como amor a la verdad y rectitud de intención, para no buscar “mi” verdad sino la verdad; sinceridad y valentía, para no engañarnos por comodidad o intereses particulares; prudencia, para saber consultar dudas, pedir consejo, etc.

Pero es muy conveniente algo más, algo importante que hoy con frecuencia no se valora o se margina conscientemente: ese “algo” es

Dios. El cardenal **Ratzinger** afirmaba que “quien deja a Dios al margen de su visión de la realidad es solo aparentemente un realista” ([“El espíritu de la Liturgia”](#)). Si Dios es lo más real de todo cuanto existe, del que dependen todas las cosas, el que da vida y sentido a todo lo demás, si el hombre conscientemente se abstrae de “Aquel en quien vivimos, nos movemos y existimos” (*Hec 17,28*), necesariamente se alterará su relación con Dios y todas las demás relaciones con los hombres y con la naturaleza, porque no tendrá una visión completa de la realidad de lo que somos y de lo que es el mundo. Las consecuencias negativas están a la vista en la vida de muchas personas, en las tensas y conflictivas relaciones humanas, en las injusticias sociales, en la falta de solidaridad, en la falta de fidelidad a los compromisos matrimoniales, etc.

“Que te conozca, Señor, y me conozca”, decía **San Agustín**. Saber bien qué somos requiere conocer a Dios. Lo escribió también **San Juan Pablo II** en su primera encíclica, *Redemptor hominis*: “sólo Él (Cristo) revela plenamente al hombre el mismo hombre” (n. 11).

Sin el conocimiento de Dios y de Jesucristo el hombre se queda corto -en el mejor de los casos- en el conocimiento de sí y de los demás, y del mundo en el que vive. Por eso escribía también el Cardenal Ratzinger en el citado libro: “una moral y un derecho que no procedan de la referencia a Dios degradan al ser humano, porque le despojan de su medida y de sus posibilidades más altas y le privan de la mirada hacia lo eterno y lo infinito: con esta aparente liberación, queda sometido a la dictadura de las mayorías dominantes, a las medidas humanas fortuitas que terminan por hacerle violencia”.

Juan Moya, en caballerodegracia.org.